



ENSEÑANZA E INVESTIGACIÓN  
EN PSICOLOGÍA

Enseñanza e Investigación en Psicología

Universidad Veracruzana

rbulle@uv.mx

ISSN (Versión impresa): 0185-1594

MÉXICO

2005

Mabel Inés Falcón

PSICOLOGÍA POLÍTICA Y PSICOANÁLISIS

*Enseñanza e Investigación en Psicología*, enero-junio, año/vol. 10, número 001

Universidad Veracruzana

Xalapa, México

pp. 209-218

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

  
LA MEMORIA CIENTÍFICA EN LÍNEA  
<http://redalyc.uaemex.mx>

## PSICOLOGÍA POLÍTICA Y PSICOANÁLISIS

### Political psychology and psychoanalysis

Mabel Inés Falcón

*Universidad Nacional de San Luis (Argentina)<sup>1</sup>*

#### RESUMEN

**En este artículo se explica la posible articulación entre el psicoanálisis y la psicología política. Para establecer esta vinculación, se utilizan algunos ejemplos de científicos sociales que acudieron con éxito al psicoanálisis para explicar fenómenos políticos u otras circunstancias sociohistóricas relevantes. El psicoanálisis puede ser una mirada más que sirva para explicar los hechos humanos con fuerte incidencia en lo social y lo político, que desde la lógica de la conciencia no pueden ser comprendidos.**

**Indicadores:** Epistemología; Psicoanálisis; Psicología política.

#### ABSTRACT

*This article explains the possible articulation between psychoanalysis and political psychology. In order to establish the link, some examples of social scientists which successfully encompassed the psychoanalysis to explain political phenomena or other socio-historical circumstances, are used. Psychoanalysis may be an additional tool to explain human facts with a strong influence on social and political activities, and which cannot be understood from the consciousness logic.*

**Keywords:** Epistemology; Psychoanalysis; Political psychology.

En este breve artículo se intentará explicar la posible articulación entre el psicoanálisis y la psicología política. Es una tarea difícil, entre otras cosas porque se trata de vincular dos objetos complejos que a su

---

<sup>1</sup>Proyecto de Investigación "Psicología Política", Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de San Luis, Argentina, Casilla de Correo 272 – San Luis (C.P. 5700), tel. (0054)2652-42-53-46, correo electrónico: mifalcon@unsl.edu.ar. Artículo recibido el 27 de agosto y aceptado el 27 de octubre de 2004.

vez participan de una característica común: son, o han sido, resistidos o rechazados, aunque por diferentes motivos. Al psicoanálisis, desde muchos sectores de la comunidad científica, se lo se rotula como charlatanería, mistificación y demás; a su vez, la política ha sido y es frecuentemente denostada por gran parte de la gente, que, con cierta razón, atribuyen a ese quehacer intenciones espurias y una fuerte tendencia hacia la corrupción. En cuanto a la psicología política, por ser una rama de la psicología desprendida de la psicología social, sobre la cual —al menos para el común de la gente y no pocos psicólogos— existe poco o ningún conocimiento, no deja de ser una cosa extraña, como lo fue el psicoanálisis en sus comienzos (Elliott, 1995). Por supuesto, este enunciado de semejanzas es sólo un recurso para comenzar el tema.

Los primeros interrogantes que surgen son los siguientes: ¿Qué espacio puede ocupar la teoría psicoanalítica con relación a la psicología política? ¿Qué articulación es posible hacer entre uno y la otra? ¿Qué es lo que se puede realizar con la política? Y, por último, ¿Cabe una fundamentación epistemológica que permita introducir al psicoanálisis dentro de la psicología política?

Comenzaremos con una obviedad: la psicología política se refiere exclusivamente a una actividad propia de lo humano, y el psicoanálisis también. A partir de esa semejanza, puede establecerse otra similitud: el sujeto del psicoanálisis es el sujeto del inconsciente, calidad y cualidad de lo humano que en más de una oportunidad se niega, se ignora o simplemente se olvida (Freud, 1915/1991). En consecuencia, el sujeto de la psicología política es también el sujeto del inconsciente. Se puede rechazar o pasar por alto esto último, pero hacerlo supone negar un aporte sustancial que se ha producido en la cultura occidental a partir del surgimiento de la teoría psicoanalítica, la cual introduce otros dispositivos e instrumentos para poder significar ese lado oscuro e inaccesible del sujeto al que no se tiene acceso desde la conciencia.

La necesidad de articular la psicología individual con lo social —y, por consiguiente, también con lo político— resultó clara para Freud cuando escribió en 1921 *Psicología de las masas y análisis del yo* (Freud, 1921/1986). En ese texto, señala que la oposición entre psicología individual y psicología social o colectiva no tiene sentido ya que en la psicología individual el sujeto aparece integrado e integrando a un Otro “como modelo, objeto, auxiliar o adversario”. Por lo tanto, la psicología individual es simultáneamente psicología social en un sentido amplio, tal como lo desarrollaran posteriormente en Argentina Enrique Pichon-Rivière y José Bleger. Tal relación con ese otro significativo es

siempre un fenómeno social, aun cuando ese otro esté sólo en el pensamiento o en el discurso de un sujeto, como ocurre en la situación de análisis individual (Falcón, 1999).

En el mismo párrafo, Freud establece la diferencia de lo social y su carácter vincular con los fenómenos narcisistas, en los que el sujeto prescindir de los otros y obtiene su satisfacción renegando absolutamente de la influencia de otro. Posiblemente, ya desde esta referencia a tal concepción patológica del sujeto, que implica la satisfacción narcisista sin referencia a un otro (amante, familiar, amigo, gobernado, etc.) (cfr. Freud, 1914/1986), remite al recuerdo de algunos dirigentes políticos que tuvieron en sus manos el destino de un país, una población o los representaron, y en su quehacer hicieron caso omiso del bienestar —en el sentido aristotélico de “bien común”— de ese pueblo que lo eligió para que hablara en su nombre.

Aquí cabe el recuerdo de un texto polémico, que supuestamente escribió Freud en colaboración con el político norteamericano William Bullit sobre el ex presidente Thomas Woodrow Wilson (Freud y Bullit, 1923/1973). En él, analizan las características psicológicas de quien fuera presidente de los Estados Unidos de 1913 a 1921, durante la Primera Guerra Mundial, y que contribuyera a aumentar de modo notable la participación estadounidense en la política internacional, por lo cual pudo desempeñar un papel fundamental durante las negociaciones del Tratado de Versalles en su carácter de líder de una potencia mundial emergente, conjuntamente con Francia, Inglaterra e Italia. Este personaje, de acuerdo a la historia oficial, fue un acreditado académico, profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Princeton y director de la misma universidad, así como un prestigioso político liberal que ocupara primero la gubernatura del estado de Nueva Jersey y posteriormente la presidencia de su país. Desde la perspectiva del texto de Bullit y Freud, se trataba de un delirante religioso, ignorante de las cuestiones más elementales de política internacional, falencia que suplía con la recurrencia a máximas religioso-fundamentalistas a través de las cuales creía demostrar su poderío y su relación con lo divino en una religión de su propia invención. En ese sentido, su participación en la *Pax* europea lo hizo creer que su intervención mesiánica produciría el efecto de la paz perpetua, tan ansiada. El texto de Freud y Bullit tiene, entre otros méritos, el de destacar la influencia del psiquismo individual en una situación histórica trascendental, con todas las consecuencias que un sujeto, determinado por una estructura inconsciente, produce en el devenir de la historia, en este caso la trascendencia que

tuvo el Tratado de Versalles para la historia de los hechos políticos y sociales que se sucederían: la profunda humillación y el elevado costo económico y político que se infligieron al pueblo alemán y las posteriores consecuencias (el advenimiento del nazismo, la Segunda Guerra Mundial y demás), que fueron nefastas para la humanidad toda.

Un fenómeno adicional que llama la atención en la lectura de los hechos políticos, sociales y de otros tipos está referido a la adopción por parte de algunos gobiernos de políticas de Estado desafortunadas referidas a la economía, a la política y a lo social. Este hecho llamó la atención cuando detentó el poder en Argentina el gobierno de la Alianza, a cuyo frente estuvo el doctor Fernando de la Rúa; desde esa coyuntura, se hizo un análisis psicopolítico que incluyó, entre otros enfoques, la mirada psicoanalítica (Rodríguez-Kauth y Falcón, 2003).

Para ello, se recurrió a un texto de Freud de 1916 intitulado *Los que fracasan cuando triunfan* (Freud, 1916/1976). En dicha obra, Freud expresa su sorpresa y desconcierto al observar que, contrariamente a la tendencia predominante en todos los humanos (es decir, la búsqueda del placer y la satisfacción por los logros propuestos), había personas que “enfermaban” cuando habían logrado satisfacer un deseo largamente insatisfecho. Al respecto, dice textualmente: “Parece como si no pudieran soportar su dicha, pues el vínculo causal entre la contradicción de la enfermedad y el éxito no puede ponerse en duda” (p. 323). No es extraña la sorpresa y desconcierto del sabio vienés; lo esperable desde la racionalidad, separada arbitrariamente de la emoción, es que quien ha alcanzado las metas propuestas se sienta feliz y procure disfrutar los éxitos, a la par que conservar los privilegios logrados.

La prueba de aquella repulsa citada por Freud —que por cierto no se expresa conscientemente para los pacientes de tal síndrome en cuanto al éxito— se hace patente en las acciones que los sujetos llevan a cabo para convertir el triunfo logrado tras una intensa y esforzada búsqueda en un rotundo y estrepitoso fracaso; para ello recurren a la ejecución de acciones políticas groseras, muchas veces tan burdas que resultan inexplicables desde toda lógica, racionalidad o simple sentido común.

En el texto mencionado, Freud intenta dar una explicación al fenómeno descrito, pero solamente aporta una lectura simplista, la cual está relacionada con la situación edípica por la que transcurren las vidas de estos individuos, y por las cargas de culpas inconscientes que les ocasiona la plena satisfacción por los logros obtenidos y deseados, a la par que se imponen la necesidad de constituirse en los ejecutores

del propio fracaso. Esta aproximación, predominantemente de tipo fenomenológico, se cierra de modo admirable en su obra *Más allá del principio del placer* (1920/1986), en la cual desarrolla uno de los aportes más notables hechos por el psicoanálisis: el concepto de *pulsión de muerte*. En dicha obra, su autor apela a múltiples ejemplos de la vida psíquica, tanto consciente como inconsciente, para instalar en el *corpus* teórico que estaba desarrollando por ese entonces una conceptualización que terminaría por enriquecer profundamente su amplia y vasta teoría, pero que de modo simultáneo sería —como lo fue de hecho— profundamente resistida por algunos de sus colegas. Uno de los indicadores fundamentales de la existencia de aquella tendencia es la que tiene todo ser vivo por retornar a su estado primitivo de “no vida”, que a su vez está representado por el concepto de *compulsión a la repetición*, aquello que Freud mismo denomina *fuerza demoníaca*, que impulsa a algunos sujetos a repetir una y otra vez los acontecimientos y acciones que en alguna oportunidad fueron causantes de dolor, displacer, frustración y el consabido fracaso empírico que aquélla produce. Lo curioso de estos hechos —que desde una lectura ingenua puede aparecer como desusado o “enfermizo”— es que no implican las características del síntoma que, como ya lo había desarrollado Freud ampliamente en éste y otros textos, no contradicen al *principio del placer* debido a que el síntoma implica displacer para un sistema (consciente) y, al mismo tiempo, satisfacción para otro sistema (inconsciente), que convive contradictoria y necesariamente en el mismo individuo. Lo que ocurre en el caso de la obsesión o compulsión por la repetición es que ésta reitera sucesos del pasado que no traen consigo posibilidad alguna de placer, ya que cuando tuvieron lugar no constituyeron la base de una satisfacción ni formaron parte o constituyen la expresión de pulsiones reprimidas.

Otro texto fundamental para todo análisis sociopolítico está referido a la obra de 1921 ya citada (*Psicología de las masas y análisis del yo*). En ella, la masa, como fenómeno social, es explicada como una reaparición, en ciertas circunstancias, de características de la horda primitiva, por lo cual es posible inferir que al menos algunas de las particularidades del hombre primitivo sobreviven en cada individuo; por esa razón, considera acertado suponer que la psicología de las masas es anterior a toda psicología individual.

El esclarecimiento de determinados aspectos del funcionamiento de la sociedad humana y del psiquismo individual en un contexto social, implica, en los desarrollos freudianos, una génesis de lo social, que

abarca desde el paso de la horda a la cultura, mediatizada por el crimen original; la supervivencia de la Ley a través de un pacto entre los individuos y un representante de ella encarnado en el líder que, mediante el amor que profesa a sus liderados, garantiza la permanencia e integridad del grupo, la existencia de vínculos libidinales entre los miembros del colectivo y la identificación con el líder a través de un “ideal del yo”, formación teórica que comienza a tomar cuerpo como arquetipo o aspiración del yo y que se concretará de manera definitiva en 1923 en *El yo y el ello* (Freud, 1923/1984).

La naturaleza libidinal de tales vínculos se pone en evidencia cuando existe un peligro que implique la eliminación del líder. En esos casos, sus miembros entran en pánico por el peligro que lleva implícita la desaparición de los lazos libidinales; en otras palabras, la angustia no está provocada tanto por el peligro externo en sí mismo, sino por la pérdida de las ataduras libidinales.

Esa es una de las razones por las que son frecuentes los sentimientos de intolerancia —incluyendo el odio testimoniado de modo extremo— hacia los integrantes de otros grupos sociales culturales, religiosos, políticos, nacionales, lingüísticos y demás, ya que por el simple hecho de ser en algo diferentes al endogrupo de referencia y también obviamente al de pertenencia, o debido a que están liderados por formas de pensamiento distintas, son percibidos como amenazadores para la cohesión interna de ese grupo.

La fortaleza de esos lazos libidinales, que para Freud son pulsiones eróticas que, sin perder su energía original, aparecen desviados de sus fines primitivos, es posible observarla en la privación de independencia de los individuos (carencia de capacidad crítica y ausencia de pensamiento autónomo, entre los más destacados) y su imposibilidad de correrse de su papel de mero integrante de una multitud. La dependencia del individuo con relación a lo social se observa en sus opiniones, sus prejuicios y la influencia que sobre su pensamiento y creencias tiene la sociedad o la comunidad a la que pertenece, por lo cual es dable inferir que la influencia ejercida sobre los sujetos no tiene como único origen a la persona del líder, sino que se reproduce en la estrecha y significativa relación que mantienen con los otros individuos del grupo o de la masa a través de un entramado social de identificaciones recíprocas.

La obediencia absoluta y acrítica de una población ha sido estudiada por destacados científicos sociales para explicar los siniestros fenómenos psicopolíticos que se produjeron en el siglo XX, como el fascismo, el nazismo y el stalinismo. Curiosamente, la mayoría de los grupos involucrados en aquella tarea intelectual de lectura y análisis de la realidad tomaron algunos postulados psicoanalíticos para tratar de explicar las causas de aquellos bochornosos episodios de esa porción de la historia reciente de la humanidad. Entre ellos, cabe destacar los aportes de Wilhelm Reich, que en su obra *Psicología de masas del fascismo* (1933/1973) propone resolver o aclarar esa incógnita histórica desde una postura que tiene como intención que el psicoanálisis se constituya en un complemento psicológico de la sociología histórico-materialista, es decir, que pueda establecer la correspondencia entre los factores económicos y las estructuras ideológicas a partir de una explicación psicológica coherente que amplíe la visión de los mismos.

Reich fue uno de los pioneros que criticó igualmente a los sistemas representados por el nazismo y el stalinismo; al primero, por racista a través del desvarío de una "pureza sexual". La crítica al comunismo soviético de su época se basaba en el hecho de que, al no abolir la "moral sexual" tradicional, reducía al *hombre nuevo* (objetivo que debía producir la revolución bolchevique) a un mero slogan propagandístico; en esas condiciones, Reich (1945/1993) opinaba que no era posible liberar toda la potencia biológica y sexual que encierra el trabajo. El culto a la personalidad, que fue característico de ambos sistemas políticos, produjo la infantilización de las masas al reproducir el proceso de sujeción del individuo al Padre y a su ley.

De este modo, se puede concluir que cada sujeto posee *en sí mismo* la posibilidad de ser un fascista en potencia, porque el proceso de subjetivación se convierte en un conflicto ligado al modelo familiar más o menos autoritario, en el cual se ha producido una de las etapas más nodales de aquel proceso. La represión milenaria de la sexualidad, mucho más antigua que la expresión del capitalismo como forma política, culmina, para Reich, en la producción de una "coraza caracterológica" que, tanto en el plano muscular como en la vida emocional y social, impide la "descarga orgásmica".

Este *anclaje caracterológico* del orden social justifica intelectualmente la tolerancia de los individuos ante el dominio de una clase superior, tolerancia que algunas veces llega hasta la confirmación de su propio sometimiento. Pero paulatinamente, con el desarrollo del proceso social, surge una discrepancia por el continuo aumento entre la renun-

cia obligada y la tensión libidinal incrementada; tal discrepancia socava la “tradición” y constituye el núcleo psicológico de actitudes que amenazan el anclaje.

En la tercera y cuarta décadas del pasado siglo XX parecía que el psicoanálisis ofrecía las bases biosociológicas de una psicología de las masas que, a través de sus fundamentos, podía explicar los impulsos a destructivos de los individuos, elementos que constituían un aporte teórico importante para explicar el advenimiento y aceptación de formas de gobierno autoritarias por parte de las masas. Para muchos pensadores, el psicoanálisis podía llegar a constituirse en el complemento psicológico del marxismo al favorecer una capacidad de lectura de los hechos más completa. En ese sentido, el freudomarxismo ha sostenido que el psicoanálisis y el marxismo eran dos doctrinas de liberación del hombre, y que ambas constituían las herramientas o metodologías adecuadas para llevar a cabo el proceso revolucionario. El primero apunta a transformar el sujeto mediante la exploración singular de su inconsciente, y, el segundo, a cambiar radicalmente a la sociedad a través de la lucha colectiva, modificando los perjuicios generados por el capitalismo.

En esta tónica, cabe destacar a otros colectivos y autores. Por ejemplo, la llamada Escuela de Francfort, entre cuyos miembros merecen subrayarse particularmente las obras de Herbert Marcuse y de Theodor Adorno, autores que, al igual que Reich, tomaron básicamente los aportes freudianos a la teoría de las pulsiones, limitándola al primer Freud — el “biológico”— y reduciéndola a una energética de la mente, en la cual se supone que la conciencia emerge sólo paulatinamente por una diferenciación del inconsciente a consecuencia de la intrusión de la realidad externa. Pero si bien es cierto que el psicoanálisis que aplican tiene como límite esta primera teoría de las pulsiones y que el uso que de ella hacen Marcuse y Adorno marca las fronteras teóricas de gran parte de su obra, también es preciso reconocer el alcance y la riqueza de su crítica social en cuanto a la realización de un profundo análisis de los factores históricos y sociales en la estructuración del psiquismo, las zonas de unión entre los elementos inconscientes de la subjetividad y las estructuras de dominación, así como el peso opresivo de la tecnología sobre la vida social moderna.

Como conclusión, es interesante traer a colación una acusación que se hace frecuentemente al psicoanálisis y que está referida a su ingerencia, hasta se podría decir su intromisión, en todos los aspectos de la vida humana.

Freud, en un texto de 1933 —con más precisión en la Conferencia número 35: *En torno de una cosmovisión* (Freud, 1933/1986)— nos alerta sobre los peligros de tomar a su teoría como “una construcción intelectual que soluciona de manera unitaria todos los problemas de nuestra existencia a partir de una hipótesis suprema; dentro de ella, por lo tanto, ninguna cuestión permanece abierta, y todo lo que recaba nuestro interés halla su lugar preciso”.

Posiblemente, Freud (1913/1975) advertía en función de sus propios y primitivos anhelos cuando pensaba que el psicoanálisis era la herramienta que consentía el abordaje de objetos tan diversos como la ciencia del lenguaje, la filosofía, la biología, la psicología evolutiva, la historia, la sociología, el arte y la pedagogía. Pero es posible que, en realidad, tal advertencia sobre la *Weltanschauung* se haya sostenido en el temor de que el psicoanálisis fuese aceptado como un dogma. Si esa fue su intención, no se equivocó en lo absoluto: es frecuente que las “escuelas” psicoanalíticas constituyan grupos o instituciones que basan la pertenencia de sus miembros en la defensa contra los “herejes” de otras líneas teóricas, hecho que, por otra parte, se reproduce lamentablemente en muchos campos del conocimiento (Robinson, 1971).

No obstante, es interesante seguir pensando este tema en relación con la política. Es evidente que existen múltiples teorías y posibles abordajes sobre lo político, lo cual no puede extrañar ya que cuando se aborda la historia del conocimiento se comprueba que siempre ha habido el deseo y el interés del hombre por conocer y explicar las relaciones de poder, y cómo y por qué estas relaciones se equilibran y desnivelan en el devenir histórico-social, lo cual también implica un conocimiento del hombre en sus diferentes facetas, entre las que la psicológica no es la menor o la menos importante (cfr. Oblitas y Rodríguez-Kauth, 1999). La posibilidad de explicar la conducta humana y la ilusión de poder predecirla es algo tan antiguo como la vida misma, y la psicología política no es otra cosa que otro intento de esa posibilidad mediante la aplicación de distintos saberes o disciplinas. Por eso este aporte, que se ofrece como una mirada más, como un dispositivo para continuar indagando en este campo, en esta “tarea imposible” que es la razón de ser y la pasión de los científicos sociales.

## REFERENCIAS

- Elliott, A. (1992). *Teoría social y psicoanálisis en transición*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Falcón, M. (1999). Psicología, política y educación. En L. Oblitas y A. Rodríguez-Kauth (Eds.): *Psicología política*. México: Plaza y Valdés.
- Freud, S. (1913/1975). *Tótem y tabú* (tomo XIII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914/1986). *Introducción del narcisismo* (tomo XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915/1991). *Lo inconsciente* (tomo XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1916/1976). *Los que fracasan cuando triunfan* (tomo XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920/1986). *Más allá del principio de placer* (tomo XVIII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1921/1986). *Psicología de las masas y análisis del yo* (tomo XVIII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923/1984). *El yo y el ello* (tomo XIX). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1933/1986). *En torno de una cosmovisión* (tomo XXII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. y Bullit, W. (1923/1973). *Thomas Woodrow Wilson, un estudio psicológico*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Oblitas G., L. y Rodríguez-Kauth, A. (1999). *Psicología política*. México: Plaza y Valdés.
- Reich, W. (1945/1993). *La revolución sexual*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Reich, W. (1933/1973). *La psicología de masas de fascismo*. México: Roca.
- Robinson, P. (1971). *La izquierda freudiana*. Buenos Aires: Gránica.
- Rodríguez-Kauth, A. y Falcón, M. (2003). El gobierno de la Alianza en Argentina: una búsqueda inconsciente del fracaso. *Castalia* (Santiago de Chile), 3.